

# Algunos parámetros moduladores del carácter social de nuestros jóvenes

**Antoni Talarn**

Profesor de la Facultad de Psicología de la UB. ORCYD: 0000-0003-0302-2013

**Anna Rigat**

Psicóloga. Escola Pia de Olot y Salt. Profesora UOC

**Recibido:** 16.12.21 – **Aceptado:** 22.01.22 – **Publicado:** mayo 2022

**DOI:** <https://doi.org/10.32093/ambits.vi56.5036>

## Resumen

### Algunos parámetros moduladores del carácter social de nuestros jóvenes

Se mencionan doce parámetros o condiciones estructurales sociales que están presentes en nuestra sociedad y se considera que modulan lo que Fromm describió como carácter social. Concretamente, la reflexión gira en torno a su influencia en los adolescentes y jóvenes de hoy. Si bien teniendo en cuenta que dada su rica variedad tipológica no es posible hablar de ellos como un grupo homogéneo, la idea es que los parámetros mencionados forman un conjunto de influencias que los afectan a todos, aunque de manera diferente. Tener en cuenta estas influencias puede ayudarnos a comprender mejor a nuestra población joven y a responsabilizarnos, como adultos, de las condiciones sociales que les estamos ofreciendo para su desarrollo personal, emocional y social.

**Palabras clave:** Carácter social, adolescentes, condiciones sociales estructurales.

## Abstract

### Some modulating parameters of the social character of our young people

Here are mentioned twelve parameters or social structural conditions which are present in our society and are considered to modulate what Fromm described as social character. Specifically, the reflection here revolves around its influence on teenagers and youngsters nowadays. While bearing in mind that given its rich typological variety it is not possible to talk about them as a homogeneous group, the idea is that the mentioned parameters form a set of influences that affect them all, however differently. Keeping these influences in mind can help us better understand our young population and to take responsibility, as adults, of the social conditions that we are offering them for their personal, emotional and social development.

**Keywords:** social character, teenagers, youngsters, social structural conditions.

## Introducción

El concepto de carácter social fue popularizado por Erich Fromm en algunos de sus textos más seminales como por ejemplo *El miedo a la libertad* (1941) o *Ética y psicoanálisis* (1947). Muy resumidamente Fromm nos venía a decir que la sociedad, con sus normas, valores e ideales, modela el carácter de las personas, de tal manera que

algunas de sus emociones, conductas o deseos, no son un asunto de decisión plenamente consciente y autónoma sino que vienen, en cierta medida, marcadas por las dinámicas sociales. En sus propias palabras: *Esta adaptación permite al sujeto desarrollar aquellos rasgos que lo hacen experimentar el “deseo” de obrar justamente de la manera en que “ha” de hacerlo* (1941, pág. 310).

Partiendo, pues, del marco teórico ofrecido por este autor nos planteamos cuáles serían los parámetros sociales que estarían teniendo una notable influencia en la construcción de la identidad, las emociones, las conductas, los ideales y los valores de nuestros jóvenes en la actualidad.

De entrada, se nos hace evidente que los jóvenes se construyen a sí mismos, empujados por su creatividad y el deseo de ocupar un lugar en el mundo donde les ha tocado crecer y vivir, pero también hay que asumir que, en gran medida, los *construimos* y que los *constructores* somos los adultos, es decir, los que gobernamos la sociedad en la que los jóvenes se desarrollan. Ni niños ni jóvenes crecen en el vacío. Tienen el cemento, los ladrillos y las maderas que nosotros los ofrecemos para alcanzar su persona, para hacerse su habitación en el mundo.

En el caso de los niños pequeños, el psicoanalista Donald Winnicott llega a decir que: *No existe nada que pueda ser llamado “bebé”. El que vemos es una “pareja de crianza”, por así decirlo* (1952, pág. 142). Lo afirmaba, naturalmente, para subrayar el papel de los cuidadores en su construcción como ser humano. Siguiendo este hilo de pensamiento podríamos afirmar que el joven del siglo XXI, en realidad, *no existe*. O expresado de otra manera: ¿Quién es el adolescente del XXI? El que llega a nuestra tierra en una barquilla, el que toda la vida ha vivido en un barrio vulnerable o el que esquía en Vaqueira en invierno y va a Begur todo el verano con los padres y los amigos del club de equitación?

Adolescencia y juventud son plurales, no hay solo una. Como a menudo nos recuerda Carles Feixa unos y otros tienen género, clase social y etnia (Feixa, 1999). Los jóvenes, en genérico, tan solo comparten la juventud, el uso del smartphone y la situación de incertidumbre, pero todo lo demás puede ser muy diferente.

Como profesionales de la psicología tenemos una visión de esta muy vinculada a lo social. No podemos entender el psiquismo de las personas fuera de su contexto. Como insistía Fromm, el contexto modula más de lo que pensamos nuestras respuestas emocionales, nuestro sufrimiento, nuestra adaptación o hiperadaptación en el entorno en el que vivimos. Por lo tanto, intentaremos en este escrito señalar los condicionamientos psicosociales *macro*, por así decirlo, que modulan el psiquismo y la subjetividad del joven contemporáneo. Aquello estructural que, a pesar de que lo afectará de manera diferencial, orbita tanto alrededor de los menores más vulnerables como en el de los más privilegiados.

## Principales parámetros sociales contemporáneos

No hará falta recordar que todos los parámetros que mencionaremos se guarecen bajo el paraguas del neoliberalismo vigente, mezcla de capitalismo y tecnología a partes iguales.

### 1. El parámetro del heteropatriarcado.

Cómo todos sabemos desde la llegada de la covid se ha hecho muy popular el término *sindemia* (Horton, 2020). La *sindemia* sería un conjunto de circunstancias adversas que nos afectan a todos, o casi todos, como por ejemplo la crisis climática, la obesidad o (en el tercer mundo) la malnutrición. Pero desde nuestro punto de vista es necesario colocar en el primer lugar de las plagas de la humanidad, de toda *sindemia*, al heteropatriarcado. En aquello simbólico, en aquello normativo, en aquello institucional y en aquello subjetivo el machismo ejerce una influencia nefasta sobre el mundo entero. Sobre mujeres y también sobre hombres, no lo olvidemos. Ciertamente nuestros niños y jóvenes no viven bajo la amenaza de la ablación del clítoris, ni del matrimonio forzado o del burka, pero sí bajo la amenaza de la violencia en la intimidad, de la agresión sexual, del abuso, del techo de cristal. Que las niñas, las jóvenes y las mujeres adultas tengan miedo de ir por la calle a según qué horas por la posibilidad de un ataque sexual es una de las más terribles de nuestra sociedad. En *manada* o en solitario algunos hombres representan un peligro para las mujeres y esto es muy difícil de asumir. Por no hablar de lo que se denomina *patriarcado del consentimiento*, aquel en que el ideal femenino impuesto por la cultura es adoptado como *voluntario* por algunas mujeres y se transforma en una hipersexualización del cuerpo de niñas pequeñas y jóvenes o en una idealización de la maternidad (Medina y Talarn, 2020; Medina, 2021). ¿Qué pensamos, por ejemplo, sobre que la industria del *show bussiness*, patrocine como modelos de *mujer empoderada* a cantantes como Rosalía o Naty Peluso? ¿De verdad creemos que, porque el próximo *Agente 007* sea una mujer negra estamos avanzando en la buena dirección? Nuestros adolescentes y jóvenes crecen en una sociedad muy machista, hay que tenerlo siempre presente.

### 2. El parámetro del otro digital.

Las herramientas y gadgets digitales han modificado muchas cosas de nuestra sociedad: el trabajo, las comunicaciones, las relaciones, el juego, los negocios, la economía, el aprendizaje, la política. A menudo decimos que han cambiado el mundo, pero entonces olvidamos que no han servido para acabar con las guerras, los genocidios, el hambre, la esclavitud o las dictaduras. Según Ubieto (2019) en España el 95% del jóvenes de entre 14 y 16 años tiene *smartphone*, el 75% ordenador y el 68% tablet. Y más del 90% mantiene un perfil en las redes sociales. Cómo sabemos, los jóvenes tienen mucha necesidad de mirar, de mostrarse, también de sentirse validados, de formar parte de un grupo, de ser aceptados. En las redes sociales también se busca consejo o pericia,

cuando el rol de la familia tradicional y de la autoridad está tan cuestionado. Algunos *influencers* hacen a menudo un trabajo que los padres ya no sabemos hacer. Lo digital atrae a los jóvenes por muchos motivos, pero sobre todo los atrapa por la inmediatez con la que satisface sus deseos: de saber, de jugar, de explorar, de hablar. No esperar es un imperativo del principio de placer que las redes satisfacen al instante. Hace falta, pero, huir del alarmismo y airear la más que cuestionable excesiva adicción a los aparatos o a las redes sociales (Carbonell y Oberst, 2015; Carbonell y Panova, 2017; Carbonell, Calvo, Panova y Beranuy, 2021). Mucho más importando que las posibles adicciones nos parece la errónea educación sexual a través del porno online, al presentar un sexo mecánico, hiperfálico, hipermasclista y sin ningún tipo de afectividad. Esta intoxicación visual deja asustados a muchos jóvenes en cuanto a sus posibles relaciones afectivas y sexuales.

### 3. El parámetro del escepticismo.

La historia y la antropología nos demuestran que siempre se han dado hábitos y costumbres referidas al cuerpo y a la imagen personal. A los jóvenes siempre los ha *ocupado y preocupado* su cuerpo (Ara, 2015). Pero hoy en día este tiene lugar privilegiado en el imaginario social y personal. La exigencia de una determinada estética corporal supone muchas dudas y sufrimiento para los jóvenes. No es extraño ya que actualmente parece que el cuerpo es garantía identitaria y principal fuente de autoestima. Cómo señalan Beck y Beck-Gernsheim (2001) el actual culto al cuerpo no es solo una cuestión de orden neurótico, sino una verdadera necesidad, en la medida en que el cuerpo se ha convertido, para muchos, en el *discurso del Yo*. Si a esto añadimos que nos han hecho creer que el cuerpo es algo manipulable al gusto, sin limitaciones, como si fuera un ente psicológico y no material (Lipovetsky, 1983) se puede comprender mejor la actual proliferación de gimnasios, clínicas de estética, tatoos, dietas, jóvenes hipermusculados y chicas aspirantes a top modelos. No hay que insistir mucho en las consecuencias a menudo catastróficas de este parámetro. Con las redes sociales las comparaciones están aumentadas hasta el límite y comportan, para algunos, rotundas e hirientes frustraciones e insatisfacciones con su propio cuerpo. En los púberes el cuerpo es muy llamativo, cambia, hace ruido y, hoy en día, parece obligado domesticarlo, tunearlo, muscularlo, adelgazarlo, marcarlo. Pero si no se vive bien, si no se está bien con el propio cuerpo, si no se acepta en absoluto, pueden aparecer las temidas autolesiones, los trastornos de la conducta alimentaria o las dismorfofobias, mensajes evidentes que algo no se acepta de la vida o de un mismo.

### 4. El parámetro de la exhibición.

Muy vinculado a los dos anteriores. Para los jóvenes estar vinculado con personas ajenas a la familia es imprescindible. Las redes sociales facilitan los contactos pero parece que también los exigen. Si no se tiene presencia en las redes es casi como si no se existiera. Mirar, pero sobre todo ser mirado les resulta vital. Las *selfies*, la

difuminación de la intimidad, la dictadura de la transparencia (Han, 2013), todo ayuda a sentirse conectado. Pero siempre en una conexión que comunica lo mismo: alegría, felicidad, ilusión. Lo digital, como antes los álbumes de fotos familiares, genera (o exige) una sensación de vida feliz sin ninguna carencia. Se tiene que mostrar un Yo hipertrofiado, narcisísticamente exaltado. Un cuerpo perfecto, en una vida perfecta. Este es uno de los ideales que se promociona más. El resultado nos es muy conocido: *influencers* millonarios que venden humo; deseo imperioso de obtener likes incluso de desconocidos; exhibición de conductas de riesgo o de habilidades más o menos estrambóticas y, como señala Lipovetsky (2006), un posible aumento de la frustración y de la decepción por no poder lograr los ideales de excelencia y felicidad.

### 5. El parámetro del riesgo de exclusión.

El riesgo de quedar fuera de juego siempre ha existido, pero es hoy más intenso que nunca, dado que el juego se ha complicado hasta extremos muy perversos. El juego o el lugar laboral, social, económico o personal está sometido a leyes que no podemos controlar. El diferente, el enfermo, el menos dotado, el que tiene dificultades, no entra en las dinámicas competitivas, de excelencia, innovación y flexibilidad que se aplican de manera darwinista. Se nos pide ser muy buenos o directamente ser los mejores. Si en la España ultramachista de los años 60 del siglo XX veíamos en la televisión *Reina por un día*, ahora tenemos una proliferación de programas donde la exclusión es vista como algo lógico y natural: *El gran Hermano*, *Masterchef* –incluida la versión junior- o *Tú sí que vales*, son algunos ejemplos. Y de esto hemos pasado al *Juego del Calamar*, versión gore, pero también representativa de lo que las élites económicas hacen con los más vulnerables. La exclusión hoy es una amenaza incluso para la clase mediana, con todo lo que esto comporta. El paro juvenil es uno de los problemas más desestabilizadores de nuestra sociedad y aunque no es el único factor que pone en riesgo de exclusión a los jóvenes, es uno de los más relevantes (Brugué, Gomá y Subirats, 2002).

### 6. El parámetro del adultocentrismo.

No solo tenemos cierta *gerontofobia* (Rueda, 2020) que ya empieza a partir de los 50 años, sino que ya está surgiendo, también, un tipo de *niñofobia*[1], como demuestra la proliferación de espacios y personas que no admiten niños a su alrededor: restaurantes, hoteles, clubes o bares. En este sentido, también podríamos hablar de un tipo de *teenfobia* o *adolescente fobia*. Durante la pandemia y la post-pandemia los medios de comunicación se han emperrado en darnos una visión de los adolescentes muy negativa. Con los *botellones* nos han mostrado unos jóvenes vandálicos, abusones, con desprecio a las normas y a la autoridad, que solo piensan en la fiesta, despreocupados por las normas sanitarias, drogadictas y que ensucian. Cómo nos explica el sociólogo Enrico Mora (2021), también quedan sucios los lugares de las verbenas, de las fiestas mayores, de los *mercadillos* y de las celebraciones de las victorias futbolísticas. Nadie ha destacado los deseos de encontrarse, de divertirse, de hablar, de conocer gente nueva, de

bailar, que comportan los botellones para la inmensa mayoría de sus asistentes. El botellón nos envía un mensaje: *estamos vivos, queremos encontrarnos; lo online es insuficiente*. Pero de todo esto casi no se habla, solo se habla de vandalismo y suciedad. Los vándalos son una minoría entre una mayoría de jóvenes de todas las clases, géneros y etnias, que conviven pacíficamente. Los jóvenes han pasado de ser los héroes del 15 M a los vándalos de la pandemia. El botellón de los jóvenes parece un problema porque se escapa del control de los adultos, porque no piden permiso. Es visto como una amenaza, cuando las verdaderas amenazas sociales son el fraude fiscal, la corrupción, el paro juvenil o la represión política. Y no olvidemos que todas estas amenazas las ejecutan los adultos que detentan el poder. No es de extrañar, pues, que muchos adolescentes, a los que tanto exigimos y tanto poco ofrecemos, sientan que no tienen un lugar reconocido y valorado en esta sociedad.

### **7. El parámetro de la inocencia.**

Hoy en día es muy difícil que alguien se haga responsable de nada. *La tentación de la inocencia* de Bruckner (1995) ya es norma en nuestra sociedad. Esta inocencia tiene diferentes perspectivas, pero todas remiten al exterior de la propia conciencia: si un niño tiene problemas es debido a la genética, a la bioquímica cerebral o a los déficits de neurodesarrollo y la familia no tiene nada a ver; si la luz sube o no se envían vacunas al tercer mundo nadie tiene la culpa; si se ha roto un escaparate en una manifestación es por culpa de las agresiones policiales; si la policía maltrata a los manifestantes es culpa de los manifestantes. Todo el mundo se saca las pulgas de sobre como un perro mojado expulsa de su pelaje el agua que lo molesta. Cuando los adultos tenemos serias dificultades para asumir responsabilidades, se hace difícil transmitir a nuestros jóvenes la importancia de este valor ético fundamental.

### **8. El parámetro de la importancia de las emociones.**

Que las emociones de las personas son muy importantes no lo duda nadie, pero de aquí a que se deban considerar un parámetro válido a cualquier precio ya es otra cuestión. Colectivamente ante las emociones actuamos paradójicamente: por un lado las estimulamos al máximo. La política actual, en formato espectáculo de telebasura apela a las emociones de ira, venganza, odio (Vox)[2], pseudoalegría (Ayuso)[3] o miedo (a los inmigrantes, a la crisis, a los riesgos sanitarios) más que a la razón. Por otro lado, algunas emociones son negadas de manera absurda: el lema de la manifestación después de los atentados de agosto del 2017 en Cataluña era[4]: *No tenemos miedo*, obviando que el miedo es una de las emociones más básicas y necesarias de los seres vivos mínimamente evolucionados. Estamos viviendo una auténtica pandemia de llorones en público: deportistas, políticos, actores o *celebrities* no pierden oportunidad de llorar ante la cámara si los ha pasado algo de relativa importancia. Lo mismo se podría decir de las expresiones desatadas de odio que se ven en las redes, contra políticos, deportistas, famosos y también personas anónimas. Si hacemos crecer a los menores en un ambiente



hiperemocional no nos tiene que extrañar ver según qué conductas impulsivas, destructivas o intolerantes, al lado, eso sí, otros más solidarias, compasivas o amorosas.

### **9. El parámetro de la infantilización.**

Parejo a los dos anteriores: inocencia y emociones. Ahora todo tiene que ser divertido, entretenido, fácil (Postman, 1995). No solo vemos adultos con pase permanente a *Port Aventura* o con camisetas de *Micky Mouse*, sino que nos dicen que tenemos que aprender divirtiéndonos, que la diversión es lo primero, que comprar, conducir o comer tiene que ser *diver*. El esfuerzo, el sacrificio, el sudor, tienen mala prensa, excepto en determinados retos, algunos sin mucho sentido. La infantilización tiene otras derivadas: cómo todos somos como niños todo lo tenemos que aprender de los otros, de los que saben y, además, sin esfuerzo. Para ser padres iremos a la *escuela de padres*. Para saber según que miraremos a los *influencers*. Para resolver los problemas más complejos consultaremos *los expertos*. Y para divertirnos cada vez más utilizamos productos culturales más simples o de bajo nivel, películas de súper héroes; revistas del corazón; centros de vacaciones; cruceros y viajes que nos hacen ir como una manada de autómatas.

### **10. El parámetro del etiquetaje.**

Hoy en día parece que todo tenga que ser clasificado y que todo tenga que recibir un nombre supuestamente científico o técnico. Niños y jóvenes corren un serio riesgo en la actualidad: el de recibir una etiqueta de tal manera que sus particularidades -o dificultades- sean conceptualizadas como un trastorno mental. La epidemia desatada del TDAH (Ubieto y Pérez, 2018) confirma esta afirmación. No es que los niños con dificultades para atender o muy movidos no existan, claro que existen, toda la vida han existido, pero al plantearlos como enfermos mentales la cosa cambia radicalmente. Según cómo observamos cambia aquello observado, no lo olvidemos. Lo que antes era visto como reacción a los acontecimientos de la vida ahora es visto como trastornos. Y cuando los padres o el propio joven ven sus problemas rotulados con una etiqueta médica las circunstancias se descontextualizan, nadie se hace responsable y toda solución pasa por los expertos, y, a menudo, por la medicación[5]. Hoy en día tenemos una multitud de posibles diagnósticos, además en forma de espectro muy amplio que pueden funcionar como un filtro social de exclusión muy grande. Niños y jóvenes TDAH, bipolares, TEA, con función cognitiva lenta, con trastornos de conducta, negativistas, desafiantes.

### **11. El parámetro de la productividad.**

Exigencia ajena y autoexigencia se mezclan hoy en día sin solución de continuidad. No hay duda que viviendo en la sociedad del rendimiento, todo lo tenemos que poder, hay que tener hitos, retos y proyectos. Hay una presión por el rendimiento, pero una presión tal que la acabamos aceptando positiva y voluntariamente (Han, 2017). Niños y jóvenes

también viven bajo esta hiperexigencia. Los adolescentes, especialmente, se ven exigidos a rendir al máximo en todo: en estudios, en trabajo, en sexualidad, en deporte. El ejemplo perfecto son las drogas para rendir más en los videojuegos o en las orgías sexuales. No es de extrañar, entonces, que tengamos tantos adolescentes y jóvenes con depresión, intentos de suicidio y otros trastornos. De hecho podríamos preguntarnos si los *nini* no responden de alguna manera al exceso de productividad, como si representaran un tipo de rebelión a tanta demanda desatada.

## **12. El parámetro de la crisis ecológica y la desconfianza en los políticos.**

No habrá que insistir mucho en la importancia de este último parámetro. Ya se ha popularizado el término ecoansiedad (Bednarek, 2019; Ogunbode, Pallesen, Böhm, et al., 2021) para etiquetar, una vez más, los jóvenes que sufren por las condiciones de vida en nuestro planeta en un futuro que ya es presente. A pesar de que lo más correcto sería hablar de miedo que no de ansiedad, lo más relevante del caso es que este repelús se acompaña de una creciente, y comprensible, desconfianza en los representantes políticos, que tienen que ser los principales motores de las alternativas a esta situación. En este sentido la decepción hacia los políticos actuales parece no tener límite. La reciente cumbre del clima celebrada en Glasgow, que era ya la número 26, rellena de aviones privados y con unos acuerdos de mínimos, no parece aportar mucha tranquilidad en cuanto al futuro de las jóvenes generaciones en nuestro planeta.

## **Conclusiones**

Pigem (2021), en su brillante ensayo sobre la sociedad actual, nos advierte de la deriva tóxica que el tecnocapitalismo rampante representa para la humanidad en su sentido más amplio. Nada queda ya fuera de su alcance: las relaciones, la salud, el pensamiento, la atención, el trabajo, la ciencia, el entretenimiento, la economía y otros muchos elementos que configuran nuestra existencia vienen ya muy marcados por formas de poder y de control social que a menudo se escapan a la gobernanza democrática de los ciudadanos.

Desde nuestra óptica, los profesionales de la educación, de la sociología, de la filosofía, de la antropología, de la psicología, del trabajo social y otros nos tenemos que constituir en reservorio de una crítica social cada vez más anonadada por los mensajes rellenos de pensamiento único, que nos dicen que las cosas son cómo son y no hay alternativa.

En este sentido, hay que poder estimular en nuestros jóvenes aquello que de por sí ya les pertenece: la crítica, el cuestionamiento y el deseo de cambio. Hay que mostrarles que no todo aquello que se nos vende como recomendable o maravilloso lo es tanto como parece. Con los aspectos antes reseñados podemos pensar que, como adultos,



tendríamos que hacer más énfasis y crítica en algunos puntos muy concretos. Por ejemplo: para liberar a nuestros pequeños y jóvenes de la presión coercitiva y consentida del machismo; para acompañarlos en el mundo digital; para ayudarlos a entender que el cuerpo no lo es todo y para transmitirlos los valores de la intimidad, la calma, la cura de los otros y la responsabilidad. No menos importante sería protegerlos del demonio seductor del mercado, que ha visto en ellos una veta de negocio tremenda, implementando medidas de control de la publicidad, por ejemplo, tal y como ya se hace con los más pequeños.

Y por supuesto, es necesario otorgarles voz, no culpabilizarlos, reconocer y aprender de sus aportaciones, de su creatividad y empujón. Luchar con ellos para cuidar más bien el planeta.

En definitiva, si hablamos de adolescentes y jóvenes no olvidamos que también estamos hablando de nosotros, de los adultos que gobernamos esta sociedad tan paradójica y, muy a menudo, tan incómoda para ellos.

Obviamente, con los parámetros mencionados, no hemos cubierto, ni mucho menos, todos los factores estructurales que afectan a nuestros jóvenes. Quedarían por un análisis ulterior aspectos como el envejecimiento poblacional; la hiperurbanización, la diversificación de las tipologías familiares; la pluralidad étnica derivada de los procesos migratorios; la caída de los grandes referentes ideológicos y religiosos; la polarización política; los aprendizajes de la pandemia de la covid 19 o el declive del estado del bienestar, para citar solo algunos.

## Referencias Bibliográficas

- Ara, M. (2015). El que és normal i el que es patològic a l'adolescència. *Intercanvis*, 34, 9-14.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001). *La individualización*. Barcelona: Paidós.
- Bednarek, S. (2019). Is there a therapy for climat echange anxiety? *Therapy Today*, 30, 36-39.
- Bruckner, P. (1995). *La tentación de la inocencia*. Barcelona: Anagrama.
- Brugué, Q., Gomá, R. y Subirats, J. (2002). De la pobreza a la exclusión social. Nuevos retos para las políticas públicas. *Revista Internacional de Sociología*, 60, 7-45.
- Carbonell, X. y Oberst, U. (2015). Las redes sociales en línea no son adictivas. *Aloma: Revista de Psicología, Ciències de l'Educació i de l'Esport Blanquerna*, 33, 13-19.
- Carbonell, X. y Panova, T. (2017). A critical consideration of social networking sites addiction potential. *Addiction Research&Theory*, 25, 48-57.
- Carbonell, X., Calvo, F., Panova, T. y Beranuy, M. (2021). Consideración crítica de las adicciones digitales. *Digital Education Review*, 39, 5-22.
- Feixa, C. (1999). *De jóvenes bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.
- Fromm, E. (1941). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.
- Fromm, E. (1947). *Ética y psicoanálisis*. México: F.C.E.

- Han, B-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Han, B-C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Lipovetsky, G. (1983). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2006). *La sociedad de la decepción*. Barcelona: Anagrama.
- Medina, P. (2021). Empoderamiento femenino. La trampa de un feminismo domesticado. *Discurso y Sociedad*, 15, 588-600.
- Medina, P. y Talarn, A. (2020). El patriarcado y sus letales consecuencias. En Talarn, A. (2020): *Ideología y maldad*. Barcelona: Xoroi (pp. 493-528).
- Mora, E. (2021). Infancia y adolescencia después de un año de pandemia. Acto científico online de la *Societat Espanyola de Psicoanalisi*.
- Horton, R. (2020). Offline: COVID-19 is not a pandemic. *The Lancet*. 396 (10255): 874. doi: 10.1016/S0140-6736(20)32000-6.
- Ogunbode, C.A., Pallesen, S., Böhm, G. et al. (2021). Negative emotions about climate change are related to insomnia symptoms and mental health: Cross-sectional evidence from 25 countries. *Current Psychology*.  
<https://doi.org/10.1007/s12144-021-01385-4>.
- Pigem, J. (2021). *Pandèmia i postveritat. La vida, la consciència i la quarta revolució industrial*. Barcelona: Fragmenta.
- Postman, N. (1985). *Divertirse hasta morir: El discurso público en la era del "show business"*. Barcelona: Ediciones de la Tempestat.
- Rueda, J.E. (2020) ¿No es país para viejos? La edad como criterio de triaje durante la pandemia de la COVID-19. *Enrahonar: An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 65, 85-98.
- Ubieto, J.R. (2019). *Del padre al Ipad*. Barcelona: NED.
- Ubieto, J.R. y Pérez, M. (2018). *Niñ@shiper. Infancias hiperactivas, hipersexualizadas, hiperconectadas*. Barcelona: NED.
- Winnicott, D. (1952). La angustia asociada con la inseguridad. En: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia.

**Notas:**

[1] Somos conscientes que la utilización en los casos descritos del sufijo *fobia* no es correcto desde un punto de vista estrictamente psicopatológico. Si lo usamos es en su sentido más social, como rechazo del otro, no como *miedo irracional*, como en el caso de las verdaderas fobias.

[2] Partido español de ultraderecha.

[3] Isabel Díaz Ayuso, presidenta de la Comunidad Autónoma de Madrid.

[4] [https://www.ara.cat/societat/lajuntament-generalitat-convoquen-manifestacio-terrorisme\\_1\\_1311499.html](https://www.ara.cat/societat/lajuntament-generalitat-convoquen-manifestacio-terrorisme_1_1311499.html)

[5] La reciente *Marató de TV3* sobre salud mental fue un claro exponente de lo que estamos mencionando.

**Correspondencia con los autores:** *Antoni Talarn*. E-mail: [atalarn@ub.edu](mailto:atalarn@ub.edu). *Anna Rigat*. E-mail: [annarigatpsicologia@gmail.com](mailto:annarigatpsicologia@gmail.com)